

**bam
bú**

Pero ¿esto qué es?

Carmela Trujillo

texto

Lluís Farré

ilustraciones



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2020, Carmela Trujillo, por el texto
© 2020, Lluís Farré, por las ilustraciones
© 2020, Editorial Casals, SA, por esta edición
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2020
ISBN: 978-84-8343-593-9
Depósito legal: B-1020-2020
Printed in Spain
Impreso en Índice, SL
Fluvià, 81-87 – 08019 Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / / 93 272 04 45).



Era una noche de agosto. En el campo. Un relámpago alumbró el cielo por un segundo. Comenzaron a oírse truenos, a lo lejos. Vaya, vaya, llegaba la típica tormenta de verano.

–Venga, venga, daos prisa –ordenó el señor Murciélaguez– o nos pillaré la lluvia.

–¡Hijitos, vamos! –repitió la señora Murciélaguez–. Hay que salir a buscar la cena cuanto antes.

–Ay, no, mamá –se quejó Murcie, la hija–, que me asustan los truenos cuando estoy volando.



–¡Y a mí y a mí! –repitió Lago, el hijo, moviendo las puntiagudas orejas.

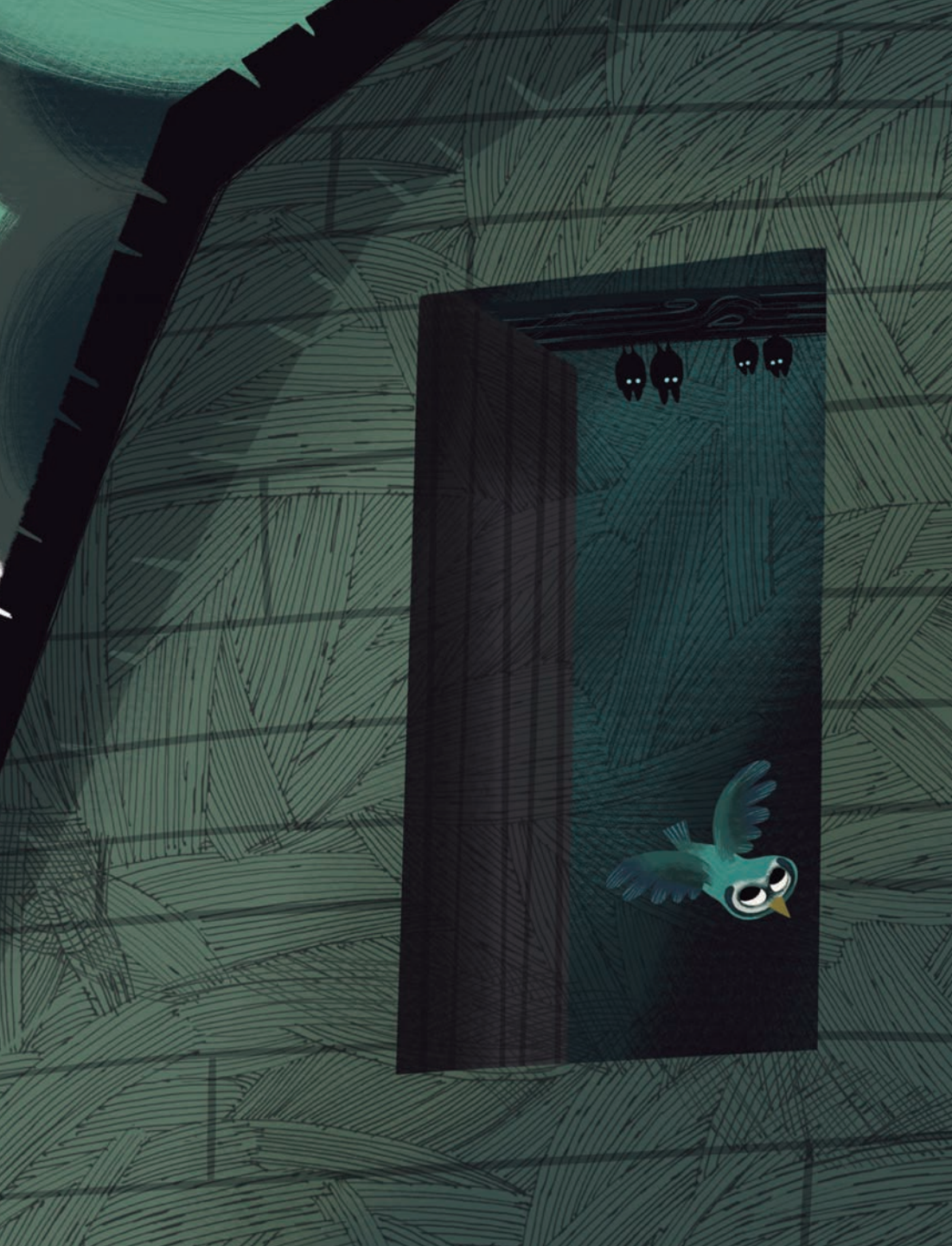
–Eres un copión –opinó su hermana, y le enseñó sus dientes.

–¡Ni se te ocurra morder a tu hermano! –gritó la madre.

–Papá, mamá, ¿y si nos traéis vosotros los mosquitos y los escarabajos? –preguntó Lago.

–¡Polillas! –chilló Murcie–. Porfa, porfa, unas polillitas marrones, grandes y...

Los dos hijos sonrieron y enseñaron sus magníficos treinta y dos dientes (afiladitos, diminutos). Toda la familia estaba bocabajo, colgada de la viga de un establo. Una gran viga de madera, repleta de agujeritos a los que poder agarrarse. Abajo, a cuatro metros de distancia, dormían sus vecinos: dos vacas, dos ovejas y dos caballos.



Una de las vacas mugió:

–¡Oh, por favor! ¿Queréis dejar ya de chillar? Sois los murciélagos más gritones del mundo.

–¡Como todos los murciélagos! –relinchó uno de los caballos–. ¡Pero qué vecinos más ruidosos!

–¡Váyanse de una vez a buscar la cena! –balaron las ovejas–. ¡Queremos dormir! Nosotras trabajamos, ¿saben? ¡Nos levantamos muy temprano!

Un relámpago iluminó el establo. Se oyó un enorme trueno.

–Vale, quedaos aquí, hijitos –sugirió el padre.

–¡Pero no dejéis entrar a nadie! –pidió la madre.

–¿Porque puede ser el búho? –quiso saber Murcie.

–Exacto –dijeron los Murciélaguez a la vez–. ¡O la víbora!

Y los dos pequeños dieron un respingo. Cruzaron por delante sus alas para taparse la cara. ¡¡Qué horror, la víbora!!

–Pero ¿y si es nuestro primo? –se acordó Murcie–. ¿Y si viene ese primo que quiere hibernar con nosotros?

–Huy, no, eso es imposible –comentó el padre–. Estamos en agosto y hasta octubre no creo que llegue.





–Bueeeno –dijo con tono de duda la madre–. Ya sabes que nuestro sobrino es peculiar. Mucho, parece ser. Dicen que siempre hace lo que quiere. Y que es de dos colores. Imaginaos, ¡de dos colores! Y que su nariz parece la de un pequeño cerdo. ¡La de un cerdito!

–¡Ohhhhh! –exclamaron los dos hermanos, contentos.

12 –Incluso dicen –continuó la madre– que es capaz de comerse seiscientos mosquitos en una hora.



–¡¿EN UNA HORA?! –gritaron los pequeños a la vez.

–¡Sssshhhh! –se oyó desde abajo.

–¿Y cómo se llama el primo? –susurró Murcie.

–Ni idea.

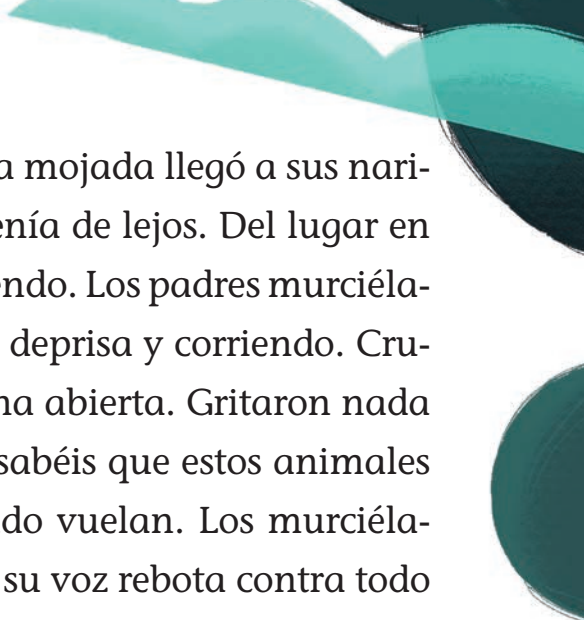
–¿Nunca lo habéis visto?

–Nunca.

–Y si no lo habéis visto, ¿sabréis reconocerlo cuando venga? –dudó Lago.

13

–¡Por supuesto! –exclamó el padre–. La familia es la familia.



El aroma de tierra mojada llegó a sus narices. Un aroma que venía de lejos. Del lugar en el que ya estaba lloviendo. Los padres murciélagos salieron volando, deprisa y corriendo. Cruzaron la única ventana abierta. Gritaron nada más salir, porque ya sabéis que estos animales siempre chillan cuando vuelan. Los murciélagos ven poco, por eso su voz rebota contra todo y así saben por dónde van. Cosas del eco.

En ese momento, la cuadra quedó en silencio.

–¡Qué paz! –murmuraron los vecinos de abajo.

Y fue entonces cuando el viento golpeó la puerta. Boom.

Y los pequeños murciélagos, que oyen todo y más, captaron un diminuto Plof.

¿Plof?

